

Juan Crisóstomo

SOBRE EL MATRIMONIO ÚNICO

Razones de las segundas nupcias

1. Que las inexpertas en relaciones conyugales, dolores de parto y todas las demás cosas que el matrimonio arrastra dentro de los hogares de los hombres, busquen marido no es nada sorprendente²: ya dice el proverbio que la guerra, asunto tan penoso, resulta dulce a quienes no la han experimentado³. Pero que las que han sufrido desgracias sin cuento, las que muchas veces tuvieron que convencerse por la fuerza de los hechos, que juzguen dichas a las que se han librado de los afanes del mundo y lancen mil imprecaciones contra sí mismas, las casamenteras⁴ y el día en que fue dispuesta la cámara nupcial, y que encima, después de tanto desencanto, vuelvan a desear los mismos problemas..., esto es lo que especialmente me impacta, me deja estupefacto y me lleva a buscar la razón por la cuál las circunstancias que antes, cuando se hallaban inmersas en ellas, con-

sideraban dignas de evitarse, ahora que se libraron de las mismas las persiguen nuevamente como si fueran deseables.

Dándole vueltas arriba y abajo en mi fuero interno a miles de razonamientos, a duras penas he ido dando por fin (así me he persuadido a mí mismo) con la razón del asunto. O más bien, no hay una sola, ni dos nada más, sino varias.

Hay mujeres que a causa del largo tiempo transcurrido entregan al olvido las cosas pasadas y sólo se acuerdan de lo que tienen entre manos; recurren entonces al matrimonio como si fuera una liberación de los males propios de la viudez y encuentran en él otros mucho peores, así que vuelven a dar las mismas voces que antes. Otras, a su vez, boquiabiertas ante las cosas del mundo y pendientes de la gloria de la vida presente, consideran la viudez como algo vergonzoso y eligen las fatigas del matrimonio por vanagloria y superflua vanidad⁵. Las hay que no vencidas por ninguna de estas razones, sino por la sola incontinencia, vuelven a lo de antes intentando esconder la causa real bajo los pretextos citados.

Licitud de las segundas nupcias

Acusarlas, ciertamente, y juzgarlas por un segundo matrimonio, ni yo mismo lo oso ni exhorto a otro a hacerlo, puesto que tampoco al bienaventurado Pablo le pareció esto bien, o mejor dicho, al Espíritu Santo. Porque después de decir: *La mujer está ligada a su marido por ley, mientras él viva; mas una vez muerto el marido, queda libre para ca-*

*sarse con quien quiera, pero sólo en el Señor*⁶, y habiendo transigido con la viuda para que se case de nuevo si quiere, dijo también: *Sin embargo, será más feliz si permanece así*; para que nadie piense que se trata de un mandato humano, añadió: *que también yo creo tener el Espíritu de Dios*⁷, dejando claro que esto lo escribió en el Espíritu.

Así pues, que nadie piense que estoy haciendo reproches o censurando a las casadas en segundas nupcias cuando pronuncio las palabras que ahora digo. Sería, en efecto, de lo peor del sinsentido y la locura que a las que aquel bienaventurado no castigó, sino trató con consideración, nosotros las condenemos sin miramientos desde una postura enfrentada, ¡y eso repletos como estamos de innumerables pecados! Porque si se nos invita a no juzgar para no ser juzgados con la misma medida y a no convertirnos en jueces severos de las faltas de los otros, sino a ser indulgentes y bondadosos⁸, cuando estudias un asunto y juzgas a otros⁹, te privas a ti mismo de toda indulgencia, predisponiendo al juez por tu actitud para con el prójimo a ser más severo contigo.

Ni acusando, pues, ni atacando abordo este tema ahora. Porque lo que puede hacerse en el Señor queda libre de toda acusación. *Pero sólo en el Señor*, dice¹⁰. Sin embargo, igual

que cuando hablamos de la virginidad, no la ensalzamos a ella desdeñando el matrimonio¹¹, así, cuando tratamos de la viudez, no es poniendo el segundo matrimonio entre las cosas prohibidas que exhortamos a contentarse con el primero, sino que reconocemos que también este segundo es conforme a la ley, pero que uno sólo es preferible, con mucho, a un segundo.

Superioridad del primer y único matrimonio sobre las segundas nupcias

Que nadie piense, en verdad, que la superioridad que establece una comparación supone la perversidad de la cosa que ésta juzgó inferior. Porque tampoco hacemos esta comparación arrojando las segundas nupcias al rango de las cosas malas, sino que, aun admitiendo que forman parte de las prácticas habituales y que están permitidas, preferimos y admiramos lo que es, con mucho, superior a ellas. ¿Por qué? Porque no es igual que una mujer sea de un solo hombre a que lo sea de dos.

En efecto, la que se contentó con el primer marido ha mostrado que ni siquiera lo hubiera elegido desde un principio de haber conocido verdaderamente la experiencia del matrimonio. La que mete un segundo esposo en el lecho del primero, en cambio, ha aportado una prueba no pequeña de su enorme afición al mundo y de su simpatía por las cosas

terrenales. Y mientras aquélla tampoco en vida de su marido se había sentido atraída por ningún otro hombre, ésta aunque no pecó con otros viviendo aquél, sí que admiró a muchos otros más que a él¹².

2. Pero para no conjeturar sobre la vida pasada, juzguemos la cosa en sí misma. Como la virginidad es superior al matrimonio, así este matrimonio es preferible a aquél¹³. La viuda, en efecto, inferior a la virginidad sólo al principio, finalmente vuelve a igualarse y unirse a ella, en tanto que las segundas nupcias están alejadas de la virginidad desde estos dos puntos de vista¹⁴.

Aparte de esto, la mujer que soporta fácilmente la viudez, también en vida de su marido practica a menudo la continencia; la que lleva la cosa con disgusto, en cambio, está dispuesta a tener relación no con dos hombres sólo o con tres, sino con muchos más incluso, y a duras penas se abstiene al sobrevenir la vejez.

Así pues, igual que un único matrimonio es signo de gran castidad y templanza, así el segundo lo es, yo no diría que de impudicia (¡Dios me libre!), pero sí de un alma débil

y extraordinariamente carnal, atada a la tierra e incapaz de imaginar jamás nada grande y elevado.

Carácter único y exclusivo del vínculo conyugal

Si alguien objetara que lo bueno permanece tal, se dé una sola vez, dos veces o a menudo —pues seguirá siendo igualmente bueno y el que haga frecuente uso de ello recibiría, con justicia, mayor aprobación, de tal manera que si también el matrimonio es bueno, el que lo hubiera usado de forma continuada sería más admirable y digno de mayor beneplácito que quien lo usó raramente— responderemos que este sofisma podría embaucar a los más simples, pero que a quienes deseen aplicarse a ello les resultará fácil de desenmascarar.

El matrimonio no se dice que es matrimonio por la unión carnal —pues así también la fornicación sería matrimonio—, sino por el hecho de que la casada se contente con un solo hombre. En esto se diferencia una mujer libre y casta de una prostituta. Si le bastara todo el tiempo con un solo hombre, esta unión podría llamarse, con razón, matrimonio, pero si mete en casa muchos esposos en vez de uno solo, no oso llamar a esto fornicación, pero sí diría que le lleva un gran trecho de ventaja la mujer que no conoce más que un solo varón.

Aquella escuchó al Señor cuando dice: *Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne*¹⁵; se aferró a él como si fuera carne realmente suya y no se olvidó de la cabeza que le había sido otorgada de una vez para siempre¹⁶. La otra, en cambio, ni al primero ni al segundo los consideró carne propia.

El primero ha sido expulsado por el segundo y el segundo por aquél. Ni podría guardar como Dios manda la memoria del primero si se dedica al otro después de él, ni mirará al segundo con el debido fervor, dividido su pensamiento recordando al que se fue. Sucede, en consecuencia, que ya los dos, tanto éste como aquél, se ven desposeídos de la honra y el afecto debidos al marido por parte de la esposa¹⁷.

En suma, ¿con qué alma cree que entra el segundo esposo en el dormitorio del primero, sube al lecho de aquél y, a más de esto, ve reír y bromear a la mujer de aquél? Pues, la verdad, no se acercará a ella con gran afecto. Porque aun siendo el más indecente de todos los hombres, no será tan bruto como para no tener ningún sentimiento humano, por mucho que aquélla envuelva su persona y su casa con mil adornos.

Efectivamente, una vez que la pena ha tomado ya el hogar, no deja que la alegría se dé sin tacha, sino que pasa como con las paredes, que cuando resulta que una parte se quema por completo, la extensión y profundidad de la mancha negra, encalada luego superficialmente, estropea la blancura de la superficie y resulta desagradable a la vista. Así también en este caso: aunque llegaras a imaginar gran esplendor, en medio de él se entrevé la tristeza y hay en ellos una mezcla desdichada.

Y es que criados, sirvientas, trabajadores del campo, convecinos, vecinos y familiares del que partió, andan abatidos por los acontecimientos y lanzan lamentos. En caso de que, por ventura, haya dejado huérfanos, si son muy jóvenes, dejan caer sobre su madre ese odio vehemente propio de quienes son capaces de comprender lo que sucede, pero si

resulta que están en edad adulta, de todos, éstos son los que más disgusto reparten¹⁸.

Así pues, las leyes, que comprenden todas estas cosas, con la intención de consolar a los que sufren a causa de ellas y de defenderse también a sí mismas de no haber prescrito el segundo matrimonio ni por gusto ni por propia iniciativa, sino temiendo que se produjera un mal peor¹⁹, retiraron de las segundas nupcias todo aparato. Ni flauta ni aplausos ni himeneos ni bailes ni coronas nupciales ni ninguna otra cosa semejante adornan aquella noche, sino que, habiéndola despojado de todo aderezo, hacen conducir de esta manera al esposo sin corona ante la viuda, proclamando en cierto modo a través de estas disposiciones que todo lo que hacen es digno de indulgencia, pero no de alabanzas, aplausos y coronas²⁰.

Exégesis paulina: segundas nupcias como concesión

3. «¿Entonces –me objetan– cómo es que Pablo prohibió a las jóvenes permanecer viudas, aun deseándolo, cuan-

do escribe así: *Descarta, en cambio, a las viudas jóvenes*²¹?». No es que Pablo prohibiera permanecer viudas a las que lo deseaban, sino que fueron aquéllas las que obligaron a Pablo a imponerles esta ley contra su voluntad. Si lo que quieres es conocer el deseo de Pablo, oye qué dice: *Mi deseo sería que todos los hombres fueran como yo*²², en la continencia. Siendo así, no hubiera entrado en conflicto consigo mismo ni hubiera caído en una contradicción tan grande aquel bienaventurado, ni tampoco hubiera prohibido permanecer viudas a las que lo quisieran, alguien que deseaba que todos los hombres vivieran en la continencia.

«¿Cómo, entonces, dice: Descarta, en cambio, a las viudas jóvenes? ¡Venga, dime! ¿Cuál es el motivo y por qué?». Es que no lo ha dicho así sin más, sino que también ha añadido la razón al decir: *Porque cuando les asaltan los placeres contrarios a Cristo, quieren casarse*²³. ¿Ves que no es a las que quieren permanecer viudas, sino a las que eligen casarse después de quedar viudas a las que Pablo prohíbe que sean consignadas también en aquel coro sagrado? Y desde luego que actúa de manera inteligente. «Si tuvieras intención, dice Pablo, de contraer segundas nupcias, no hagas voto de viudedad». Porque faltar al deber después de la promesa es mucho peor que no hacer promesa en absoluto²⁴.

Así pues, igual que permitió las relaciones íntimas continuadas no en calidad de legislador, sino condescendiendo

con ellos: *Lo que os digo es una concesión, no un mandato, a causa de vuestra incontinencia*²⁵, así también en este caso prescribió las segundas nupcias a causa de otro mal mayor, mostrando que también esto es una forma de concesión que se aviene a la debilidad de la plebe²⁶. Debilidad no de naturaleza, sino de voluntad, me refiero²⁷.

Como la virgen seducida después de hacer voto de virginidad comete una osadía peor que el adulterio²⁸, así también la viuda que hace promesa de una vez para siempre, si luego pisotea su alianza con Dios, caerá en el mismo pecado y será deudora de idéntico castigo o, si se puede decir algo todavía más sorprendente, de uno quizá mucho más grave aún. Porque no es igual, como dije al principio, que vuelva a caer en las mismas tentaciones la que no tiene experiencia que la que ya está experimentada.

Y no solamente en este pasaje, sino después de dar aquella orden y diciendo a su vez: *Quiero, pues, que las jóvenes se casen, que tengan hijos y que gobiernen la propia*

*casa*²⁹, Pablo añade la razón por la que desea estas cosas. ¿Cuál es? *No den al adversario ningún motivo de hablar mal*³⁰.

Como quiera que muchas de las viudas de entonces tenían después, parece ser, un estilo de vida más bien atrevido y descarado, liberadas de la sujeción al marido como si de una especie de imposición y tiranía se tratara, y como se granjeaban mala fama a causa de su desvergüenza, Pablo, por apartarlas de esta libertad funesta, las conduce nuevamente al yugo primero. «Si alguna —dice— tuviera intención, siendo viuda, de fornicar en secreto y deshonorarse a sí misma, es mucho mejor que se case y no dé al adversario ningún motivo de hablar mal». Es así que prescribió el matrimonio, para no proporcionar motivos de hablar mal y para que no se llevara una vida de ignominia y fornicación.

Escucha por ejemplo también de cuántas cosas las acusa. Siendo que deberían dedicar todo su tiempo a oraciones y súplicas, no sólo están ociosas, sino que *se vuelven también charlatanas y entrometidas, hablando de lo que no deben*³¹. Él no la quiere así, sino fija continuamente en las cosas espirituales: *La que, en cambio, está entregada a los placeres aunque viva, está muerta*³².

De hecho, Pablo quiere que tampoco la virgen limite esta virtud a la pureza del cuerpo, sino que gaste todo su tiempo en el servicio de Dios³³: *Os digo esto para vuestro provecho, no para tenderos un lazo, sino para moveros a lo más digno y al trato asiduo con el Señor, sin distracción*³⁴.

En efecto, no quiere que se divida, sino que sea toda entera de las cosas espirituales y celestiales, y se preocupe de lo del Señor.

El mismo régimen de vida aconseja también a la viuda diciendo: *Pero la que de verdad es viuda y ha quedado enteramente sola, tiene puesta su esperanza en el Señor y persevera en sus plegarias y oraciones noche y día*³⁵. Cuando, en verdad, el tiempo que hay que emplear en los asuntos evangélicos lo malgastan durante toda su vida en cosas no sólo vanas e inútiles, sino además enormemente perjudiciales, es con toda la razón que Pablo las conduce al matrimonio para el tiempo restante.

Igual que Dios concedió el sábado a los judíos no para que estuvieran ociosos simplemente, sino para que se abstuvieran de las malas acciones, así también la viuda y la virgen no eligen este modo de vida sencillamente para no tener contacto con varón, sino para preocuparse de las cosas del Señor, para estar constantemente ocupadas en el servicio de Dios.

Supuestos inconvenientes de la viudez

4. «Sí —me dicen— pero será una desgracia intolerable que una mujer, siendo inexperta en los negocios, se vea obligada a cargar con asuntos propios de varones. Porque ella no podrá manejarse como aquél, y de esto sacara sólo agobios y arruinarse totalmente»³⁶. ¿Acaso todas las que no contrajeron segundas nupcias malgastaron toda su hacienda y perdieron todo? ¿Es imposible ver una mujer viuda diri-

giendo sus negocios? ¡Pretextos, excusas y encubrimientos de la propia debilidad!³⁷. Muchas, en efecto, no sólo gobernaron su hogar más gallardamente que sus maridos, sino que, además, criaron a sus hijos huérfanos y la fortuna puesta en sus manos, unas la hicieron crecer y otras no la disminuyeron.

Y es que Dios, al principio, no encomendó todo a los varones ni dejó que en toda circunstancia dependieran sólo de ellos los asuntos de la vida diaria. ¡Y, en verdad, despreciable sería la mujer si no nos ofreciera contribución alguna en la vida! Sabedor de ello, Dios le asignó una parte no menor y dejó esto claro desde el principio diciendo: *Voy a hacerle una ayuda*³⁸. Efectivamente, con el fin de que, por haber sido creado el primero y por haber sido formada la mujer a causa de él, no pudiera engreírse frente a ella el varón, Dios apaciguó su vanidad con esas palabras, mostrando que las cosas del mundo no necesitan menos del hombre que de la mujer.

¿Cuál es, entonces, y en qué circunstancias, la colaboración que ella nos presta en la organización de la vida? Puesto que los asuntos privados componen el sistema actual no menos que los públicos, Dios los repartió: todo lo relacionado con la calle lo confió a los hombres; lo que concierne al hogar, en cambio, a las mujeres³⁹. Si llegan a intercambiarse sus puestos, todo se echa a perder y se arruina, de tal manera resulta cada uno mucho más útil en su dominio propio que en el del otro.

Así pues, si lo que concierne al hogar depende de la inteligencia femenina y si en este ámbito la mujer es tan superior al hombre como los profesionales, en las técnicas en que son profesionales, a los no cualificados, ¿por qué sentimos ese vano temor?

Hacer que entren ingresos y reunirlos es cosa de hombres solamente; que las mujeres se dediquen al lucro no está permitido⁴⁰. Conservar lo reunido, en cambio, y custodiarlo concierne a ella sola. Siendo así, aunque parece que vale más adquirir que conservar, aquello sin esto resulta, no obstante, inútil y superfluo⁴¹. A menudo incluso, por mucho que se conserve, adquirir no sólo no aporta ningún provecho, sino que además corrompe todo. Dado que es asunto enojoso que el hombre dedicado a obtener beneficios del exterior se procure ganancias justas (porque la mayor parte de las veces esta gente negocia con las desgracias ajenas), también a la habilidad de la mujer y a su labor administrativa las pervierte, a menudo, una fortuna puesta en sus manos de forma injusta y con violencia. De tal manera, aunque es más importante adquirir que conservar, desde el otro punto de vista se revela como lo contrario, cuando el adquirir no sólo no contribuye en nada al aumento de la fortuna, sino que, además, corrompe la que hay. ¿Por qué, entonces, teme la viuda organizar peor los asuntos de casa du-

rante la ausencia de su marido, si resulta que viviendo aquél estaba al cargo ella?

«Pero administrará con más facilidad –me objetan– cuando, por temor al esposo, nadie oponga resistencia ni presente descontento». En efecto, criados, mayordomos y encargados, todos están muertos de miedo, atienden con enorme obediencia y ninguno replica. Pero cuando el que infundía temor se ha ido, todos pisotean a la viuda, le juegan malas pasadas, se soliviantan y confunden y destrozan todo⁴². Si llega y se defiende recurriendo al tormento, usando el látigo, mandando a la cárcel: reproches, vituperios y acusaciones por parte de la opinión pública. Pero si pisotea la alianza con su esposo desaparecido y se olvida de su cariño, de la noche en que se unió a ella por vez primera, de los aplausos, el canto de himeneo, las antorchas nupciales, los primeros abrazos, de la mesa y la sal que durante todo el tiempo compartió con ella⁴³, de las palabras que, es natural, una mujer gusta oír de un esposo; si de pronto echa todas estas cosas por la borda como si no hubieran sucedido y tras abrir de par en par a otro las puertas de su casa, lo arrastra al lecho de aquél, testigo de todo el pasado; si hace esto, ¿no habrá nadie que la critique y le haga reproches? ¿Nadie que la aborrezca y la llame desalmada, pérfida, implacable y todo tipo de calificativos semejantes?

Inconvenientes de las segundas nupcias

5. No creas que porque el bienaventurado Pablo sintió las segundas nupcias, ya son ellas dignas de alaban-

zas y quedan libres del reproche de la opinión pública. De castigo o pena están exentas, efectivamente, pero no podrían ser partícipes de alabanzas y encomios.

Que uno sea propenso al vicio y lascivo, y no se abstenga de su esposa ni en tiempo de ayuno ni en cualquier otra circunstancia, del castigo sí está lejos, y bastante, pero de las alabanzas no está cerca precisamente, porque esta manera de caer tan bajo no es otra cosa que señal de una debilidad y de una indolencia enorme⁴⁴. Por tanto, si temes echarte fama de arrogante por castigar a tus criados, debes temer, antes que eso, que se te atribuya una fama de lascivia, intemperancia y deslealtad igual de grande⁴⁵.

Aparte de esto, la viuda podrá atender mejor el negocio, de manera que la mayor parte de sus asuntos estarán sobre seguro y no sólo no será objeto de crítica, sino que incluso recibirá alabanzas de todos; además, y lo que es mejor, alcanzará los bienes que vienen de Dios. Porque si quiere encomendar su fortuna al cielo y enterrarla en aquel lugar inviolable, no sólo no disminuirá, sino que se hará incluso mucho mayor⁴⁶. Tal es, en efecto, esta semilla⁴⁷.

Si no vale para llegar a cumplir aquella ley y no quiere transferir de golpe toda su hacienda, que piense, a su vez, en esto: que al tomar esposo no se va a llevar en absoluto a alguien capaz de incrementar sus bienes y, si acaso fuera así, que no considere solamente el aumento de su fortuna,

sino que en muchas ocasiones se verá empujada a ofender a Dios y a los hombres.

Efectivamente, si él es de los poderosos y de los que tienen gran influencia, habrá veces que la forzará a hacer y sufrir muchas cosas contra su voluntad, y lo que temía de la viudez lo va a tener que soportar ahora más a la fuerza todavía. Y no sólo esto, sino que además es probable que sufra un rapidísimo cambio de fortuna. Siendo viuda, incluso si disminuye algo de su patrimonio, lo que queda, no obstante, lo tendrá muy a salvo; en cambio, atada a un hombre poderoso que lleva los asuntos de la ciudad o se ocupa de algún otro objeto de desvelo, a menudo será despojada de todo de golpe⁴⁸. Y es que en las desgracias de los maridos participan, por fuerza, también sus compañeras.

Si no ocurriera nada semejante, ¿qué ganancia hay, dime, en preferir la esclavitud a la libertad⁴⁹? ¿Qué necesidad de una gran fortuna cuando no se puede usar de ella como se quiere? ¿No es mucho mejor poseer poco con libertad a todos los bienes de la tierra sometida, junto con ellos, a otro? Las preocupaciones, los ultrajes, los insultos, los celos, las vanas sospechas, los dolores de parto y todo lo demás lo paso por alto ahora. Cuando tratemos este tema con la vir-

gen, departiremos también lógicamente sobre estas cosas, siendo, como es, inexperta e ignorante en aquellas cuestiones⁵⁰; a la viuda, en cambio, incluso la molestará quien hable de ellas, pues lo que aprendió con la práctica de forma bien cumplida, sobra intentar enseñárselo con palabras.

Tan importante resulta añadir que mantendrá una relación de mayor franqueza y libertad la que se casó virgen que la que lo hizo después de viuda. A ésta, aunque el marido la ame como esposa, no es, sin embargo, como si la hubiera tomado virgen. Que la pasión amorosa de aquél es mucho más violenta y exaltada que la de éstos, resulta, digo yo, de todo punto evidente: a aquélla, como ya ha tenido experiencia con un hombre, no la amará y la querrá con todo su corazón⁵¹.

Tenemos una disposición natural, como he dicho, todos los hombres, ya sea por envidia, ya sea por vanagloria, ya sea por no sé qué otro motivo, que nos hace querer especialmente aquellas cosas cuya posesión y disfrute no compartimos con otros, sino que nos hemos instituido nosotros en sus primeros y únicos señores. Cualquiera puede ver que esto es también lo que nos sucede con la ropa: no tenemos la misma actitud hacia la que fue usada por otros que hacia la que nadie usó. Esto vale también para la casa y para el ajuar. Y es que por la casa que nos dio otro no sentimos el mismo cariño que por aquella que equipamos nosotros mismos. Y del ajuar, lo que es nuevo y ha sido estrenado por nosotros lo guardamos con gran esmero y celo, pero lo que

nos llegó de otros no nos agrada gran cosa, antes bien, de tal manera llega a disgustarnos que a menudo incluso lo hacemos dismantelar.

Si con la casa, la ropa y el ajuar nos embarga este sentimiento, imagínate en el caso de la esposa, que no hay nada más precioso que esto para los hombres, cómo debe ello sentar, qué violenta sensación. En efecto, si de aquellas cosas les hacemos partícipes a quienes lo desean, de la esposa, en cambio, no nos está permitido, sino que renunciaremos a la vida antes que soportar este sufrimiento.

Así pues, a la virgen, como iba diciendo, dado que está intacta y es propiedad suya y no ha sido de ningún otro, la admite a su lado con todo afecto. A la que antes estuvo unida a otro, en cambio, no la mirará con el mismo cariño y benevolencia.

6. No me hables de casos aislados que apenas se dan, sino de los que constantemente se ven en la práctica. No sólo por estas razones participará aquélla de una mayor franqueza, sino también por otras muchas.

En efecto, el marido podría reprochar fácilmente a la viuda sentirse despreciado por ella, aportando como prueba de ese desdén la deslealtad que tuvo hacia su primer esposo, y le callaría la boca por igual sobre los acontecimientos pasados y sobre los que ni siquiera ocurrirán. Y es que el muerto, al haber sido menospreciado, persuadirá al vivo para que sospeche las mismas cosas sobre su persona, aunque no vayan a producirse. Y a ella no le resultará insostenible sólo el marido, echándole en cara continuamente estas cosas, sino que también criados y sirvientas, murmurando si no abiertamente, al menos a escondidas, la acribillarán con mil sarcasmos.

Si ocurre que además han quedado hijos del finado menores de edad, ¿cómo va a criarlos? ¿Cómo los gobernará? ¿Qué huérfanos habrá que lleven una vida más penosa que

ellos, viendo que todo lo de su padre lo tiene otro: criados, casa, campos y, lo más importante de todo, la esposa? ¿Cómo van a poder tratarla como madre? ¿Cómo podrá ella tratar como hijos a unos ante quienes se ve obligada a sentir vergüenza y a ruborizarse, y a los que no puede dedicar todo su amor maternal, dividido su pensamiento por los hijos del segundo esposo?⁵².

Sobre las viudas jóvenes

«¿Qué pasa, entonces, si se trata de una muchacha muy joven –me objetan– y que ha disfrutado poco tiempo de su marido?». Es que es a las muchachas jóvenes a las que se han dirigido mis palabras, no a las ancianas. Porque con ellas, si hacen esto⁵³, ni siquiera voy a discutir: si el largo tiempo, la edad y todo lo demás no las persuadieron de abstenerse de un segundo matrimonio, desde luego que tampoco les persuadirá lo que yo les diga. Por contra, todo mi discurso va dirigido a las otras⁵⁴.

«¿Qué pasa, entonces, si es una chica joven —me dicen—, que después de vivir tan solo un año con su primer marido, vuelve a casarse con un segundo?». ¿Por qué vas a favorecerla frente a la que ha gastado veinte o treinta años en el matrimonio? No soy yo, sino el bienaventurado Pablo quien lo dice: *Sin embargo, será feliz si permanece así*⁵⁵. Por supuesto que aunque ésta ha vivido mucho tiempo con un hombre, ha sido, no obstante, uno, el mismo y sólo él, aquél que le tocó en suerte al principio, en tanto que la otra se entregó a dos hombres y esto en un breve espacio de tiempo. «Pero no por voluntad propia —me objetan—, porque si el primer marido viviera, no hubiera amado a otro además de él, pero, dado que se fue prematuramente, se ha visto en la obligación de unirse de nuevo a un segundo esposo». ¿Qué obligación? Porque yo veo otra obligación mayor que ésa que dices, capaz de retenerla junto al que ha muerto: haber gustado así las alegrías de las cosas del mundo.

En efecto, la que ha convivido con ellas mucho tiempo y se ha visto felizmente colmada, se dedicará de nuevo a las mismas en la idea de que va a procurárselas semejantes. Por contra, la que ha experimentado comienzos así de penosos, ¿con qué propósitos y esperanzas vendrá a probar las dificultades? Si alguien que desea hacer un viaje de negocios sufriera un naufragio antes de llegar a obtener ganancias, justo al salir del puerto, difícilmente se dedicará a esa ocupación en lo sucesivo. Tampoco ama las cosas del mundo, con razón, la que esperaba muchas cosas gratas, al conocer tamaña desgracia antes de haber tenido una experiencia favorable de ellas, a menos que resulte ser absolutamente in-

capaz de contenerse. O más bien, aunque estuviera muy pre-dispuesta hacia las cosas del mundo y gustara de ellas con demasiada pasión, el disgusto del principio bastaría para apagar todo su deseo. Porque es entonces cuando solemos perseverar especialmente en nuestros asuntos, cuando hemos experimentado felices comienzos. Pero cuando desde el inicio y, por decirlo así, desde la misma línea de salida tenemos una desagradable y molesta sensación, retrocedemos rápidamente, apagada nuestra intención.

Así pues, son precisamente las que padecieron una viudedad prematura las que tendrían razón en abstenerse de un segundo matrimonio para no pasar de nuevo los mismos sufrimientos. Porque la que persevera en la viudez tendrá seguridad y no habrá de temer otro dolor semejante de nuevo, pero la que contrajo segundas nupcias se verá obligada a esperar también esta desgracia⁵⁶.

Además, por otra parte, aunque la viudez sea una única cosa, no recibirán todas, sin embargo, las mismas recompensas por ella, sino unas mayores y otras más pequeñas. Las que tomaron sobre sí el yugo en la juventud gozarán de mayor honra y privilegio; quienes lo hicieron en plena vejez, en cambio, no serán tratadas igual que aquéllas. ¿Por qué? Porque la una, aún existiendo muchos obstáculos, aguantó todo por temor de Dios, en tanto que la otra no ha soportado ni una breve fatiga ni una pena. ¿Cómo, pues, si no hay cosa alguna que haga violencia?⁵⁷.

Entonces, como la mujer que se entregó a un segundo esposo es inferior a la que tiene un único marido, así la que persevera en la viudez en plena juventud podrá sobrepasar un gran trecho a aquella que perdió al marido durante la vejez. Sí, ciertamente ambas han tenido un único marido. No obstante, una corrió la carrera de la castidad en tanto que la otra se quedó muchos estadios atrás⁵⁸.

Así pues, no mires solamente la fatiga, sino también la recompensa. Y es que la mayoría de las buenas acciones nos parecen tan desagradables porque, dándole vueltas continuamente a sus trabajos y sudores, no nos representamos en la mente las recompensas que tienen reservadas.

Pero de esta manera no hay que actuar, sino que debemos tener en cuenta todo por igual, junto con las fatigas también las recompensas, y así nos parecerá fácil, como fácil también lo es. Porque el héroe no emprende su gesta heroica considerando sólo las heridas, los reveses y la muerte, sino también los trofeos, las victorias y todos los demás honores. Y el agricultor no se aplica a sus faenas tras poner ante sus ojos solamente el labrantío y la fatiga de cavar, sino también la era y los lagares.

Así, aliviemos también nosotros con felices esperanzas la fatiga de la viudez, y mucho más nosotros que aquéllos, porque a éstos muchas circunstancias que no dependen de ellos a menudo les truncan la espera, mientras que nuestras esperanzas no hay quien las mancille, si nosotros mismos no queremos⁵⁹. No queramos, pues, sino que, considerando que la viuda no es, con mucho, inferior a la virgen (hay veces que incluso la aventaja, cuando la virgen se complica con problemas mundanos, en tanto que la que es viuda,

según Pablo, *y ha quedado enteramente sola, tiene puesta su esperanza en el Señor y persevera en sus plegarias y oraciones*⁶⁰, y se mantiene apartada de los asuntos temporales) aceptemos este combate con el fin de obtener sus coronas⁶¹.

Estas cosas no os las he dicho para obligaros, ni tampoco, lo repito, os he dirigido estos consejos con la intención de condenar a las que no quieren permanecer viudas. Antes bien, las estoy exhortando e invitando a no estar tanto tiempo atadas a la tierra, sino a permanecer libres, desatadas de una vez para siempre, a ir en busca del cielo, a mostrar el modo de vida de allí y, unidas así a Cristo, actuar en todo como conviene a quienes tienen tal Esposo⁶².

Editado por Manuel Arnaldos, ed. EJC, Molina de Segura 2025

[ver más autores y libros aquí](#)

Act: 01/09/2025 @escritores de iglesia +ENCICLOPEDIA MERCABA, MURCIA